

LOS SAUCES

I

Después de salir de Viena, y mucho antes de que uno llegue a Budapest, el Danubio entra en una región singularmente solitaria e inhóspita, donde sus aguas se extienden más allá de sus márgenes en vez de seguir un canal principal, convirtiendo su vega durante millas y millas en un pantano cubierto por un vasto mar de achaparrados arbustos de sauce. En los mapas más detallados del país, esta zona desierta suele representarse como una mancha de un color azul suave que va perdiendo intensidad conforme se aleja del cauce del río, y superpuesta a esta mancha puede leerse, en grandes caracteres con amplia separación entre ellos, la palabra *Sumpfe*, que significa «marjales».

En época de crecida de aguas, esta gran superficie de arena, bancos de guijarros e islas cubiertas de sauces queda casi por entero inundada, pero en temporadas normales los arbustos se doblan y crujen al capricho de los vientos libres, mostrando sus hojas de plata a la luz del sol en una llanura de desconcertante belleza y en continuo movimiento. Estos arbolitos de ramas péndulas, no poseyendo troncos rígidos, nunca acaban de alcanzar la dignidad de árboles; permanecen como humildes arbustos, con sus copas de suave contorno redondeado balanceándose sobre esbeltos tallos que responden a la menor presión del viento, flexibles como largas hojas de hierba y movedizos hasta el punto de dar la impresión de que toda la llanura está viva y en continuo

movimiento. Pues las ráfagas envían olas que suben y bajan a lo largo de toda su extensión: ondas de hojas en vez de ondas de agua. Un oleaje verde como el del mar hasta que las ramas se dan la vuelta y se elevan, dando paso a una marejada blanca y plateada al quedar expuesta al sol la cara inferior de las hojas.

Contento de poder fluir lejos del control de sus rigurosas riberas, el Danubio se pasea aquí a su libre albedrío por la intrincada red de canales que se intersecan entre las islas fluviales con amplios cauces por donde las aguas se vierten con gran algarabía; creando remolinos, remansos y espumosos rabiones; erosionando los bancos de aluvión; llevándose consigo porciones de tierra y grupos de arbustos de sauce, y formando nuevas e innumerables islas que a diario cambian de forma y tamaño y que poseen, en el mejor de los casos, una vida efímera, ya que la época de crecida pone fin a su existencia.

Hablando con propiedad, esta fascinante faceta de la vida del río se inicia poco después de salir de Presburgo, y nosotros, en nuestra canoa canadiense, con la tienda de campaña y la sartén a bordo, la alcanzamos en el punto álgido de una impetuosa creciente a mediados de julio. Esa misma mañana, mientras el cielo enrojecía con el crepúsculo, poco antes de la salida del sol, nos habíamos deslizado rápidamente a través de una Viena aún dormida, dejando a nuestra espalda, un par de horas más tarde, un simple borrón de humo en lontananza recortándose contra las colinas azules del Wienerwald. Nos desayunamos aguas abajo de Fischeramend, al abrigo de un bosque de abedules que rugían al viento; a continuación fuimos llevados por la agitada corriente más allá de Orth, Hainburg, Petronell —el antiguo Carnuntum romano de Marco Aurelio—, y así, sucesivamente, bajo las ceñudas cumbres del Thelsen en un espolón de los Cárpatos donde la marca fronteriza serpenteaba en silencio a nuestra izquierda y se cruza la frontera entre Austria y Hungría.

A una velocidad media de doce kilómetros¹⁵ por hora, no tardamos en adentrarnos en Hungría, y las aguas turbias —signo inequívoco de riada— nos hicieron encallar en numerosos médanos y bancos de guijarros y girar como un corcho en remolinos súbitamente formados antes de ver las torres de Presburgo —Poszóny en húngaro— recortándose contra el cielo. Entonces la canoa, brincando como un brioso corcel, se precipitó a toda velocidad bajo las murallas grises, esquivando con seguridad la cadena hundida del transbordador *Fliegende Brücke*, y doblando bruscamente un recodo a la izquierda, nos zambullimos finalmente, entre una tempestad de espuma amarillenta, en el desierto de islas, bancos de arena y tierra pantanosa que se extiende más allá: la tierra de los sauces.

El cambio se produjo de forma repentina, como cuando una serie de imágenes de *Bioscope*,¹⁶ exponiendo a nuestra vista las calles y plazas de una ciudad, pasa sin previo aviso a mostrarnos un paisaje de lagos y bosques. Penetramos en aquella región desolada como provistos de alas, y en menos de media hora ya no vimos allí ni una sola barca, ni una de esas pintorescas cabañas de pescadores de tejado rojo, ni ningún otro signo de presencia humana o civilización. La sensación de alejamiento del mundo ordinario de los hombres, el aislamiento absoluto y la fascinación ejercida por aquel singular feudo de los sauces, los vientos, y las aguas nos lanzaron al instante su hechizo, de modo que entre nosotros bromeábamos diciendo que, viajando con todas las de la ley, deberíamos haber portado algún tipo especial de salvoconducto para ser admitidos allí y que habíamos entrado, un tanto audazmente, en un apartado y pequeño

15. Blackwood utiliza indistintamente unidades métricas y británicas.

16. Un instrumento óptico que, acoplado a una linterna mágica, permite proyectar imágenes en movimiento; fue presentado en 1895 por el alemán Max Skladanowsky.

reino de magia y prodigios sin pedir permiso; un reino reservado al uso exclusivo de *otros* con derecho a ello, con advertencias no escritas por doquier para los intrusos..., para aquellos, al menos, que tuvieran la suficiente imaginación para interpretarlas.

No obstante lo temprano de la hora aquella tarde, los incesantes embates del viento nos habían agotado de tal modo que enseguida iniciamos la búsqueda de un lugar de acampada adecuado para pasar la noche. Pero el carácter desconcertante de las islas nos impedía arrimarnos a tierra con normalidad, la impetuosa crecida nos impelía hacia la orilla para alejarnos de nuevo a continuación, las ramas de sauce nos desollaron las manos cuando intentamos servirnos de ellas para detener la canoa, y durante más de una yarda de banco arenoso en medio del cauce, tuvimos que tirar de ella antes de ser impulsados, al fin, por un gran golpe de viento de costado hacia un remanso donde logramos encallar la proa en medio de una gran nube de agua pulverizada. Superadas estas dificultades nos tendimos, jadeantes pero con ganas de reír, sobre la arena cálida y amarilla al abrigo del ventarrón, bajo el resplandor de un sol abrasador en un cielo azul sin nubes; un inmenso ejército de cimbreantes y aullantes sauces, cubiertos de brillantes gotitas de agua, se cerraba a nuestro alrededor batiendo las palmas de sus mil pequeñas manos, como aplaudiendo el éxito de nuestros esfuerzos.

—¡Menudo río! —le dije a mi compañero, pensando en todo el camino que habíamos recorrido desde su nacimiento en la Selva Negra, y cómo en tantas ocasiones nos había obligado a vadear y empujar en aguas someras, no lejos de su cabecera, a principios de junio.

—No bromea mucho ahora, ¿verdad? —respondió él, tirando de la canoa a fin de hacerla descansar completamente sobre la arena; hecho lo cual, se dispuso a echar una siesta.

Me tendí a su lado, gozándome en la paz de aquel baño de elementos —el agua, el viento, la arena y el gran fuego del sol— y pensando en el largo trecho que habíamos dejado atrás, en el que teníamos ante nosotros hasta el mar Negro y en lo afortunado que era teniendo un compañero de aventura tan agradable y encantador como mi amigo el sueco.

Habíamos hecho muchos viajes similares juntos, pero el Danubio, más que cualquier otro río que conociese, nos impresionó desde el principio por su vitalidad. Desde su tímida y burbujeante aparición en el mundo entre los pinares y jardines de Donaueschingen, hasta el momento en que empezaba a jugar a ser un gran río, perdiéndose entre la desolación de los pantanos —donde no tenía ni observadores ni restricciones—, nos pareció como si siguiéramos el crecimiento de una criatura viviente. Perezoso y soñoliento al principio, no tardó en desarrollar violentos deseos conforme se hacía consciente de su alma profunda; rodaba, como un enorme ser fluido, a través de todos los países que habíamos cruzado, llevando nuestra pequeña embarcación sobre sus hombros poderosos, jugando más o menos con nosotros a veces, mas siempre afable y bien intencionado; hasta que por fin, inevitablemente, llegamos a considerarlo como un gran personaje.

Cómo, en efecto, podría ser de otra manera, habiéndonos revelado él gran parte de su vida secreta. Por la noche le oíamos cantar a la luna mientras montábamos nuestra tienda, sosteniendo esa extraña nota sibilante que le es propia y que, según se dice, es causada por la fricción de los guijarros a lo largo de su lecho, tan grande es la velocidad de sus aguas. Conocíamos también la voz de sus torbellinos, borboteando y burbujeando súbitamente en una superficie que sólo un instante antes había permanecido en calma, el rugido de sus aguas someras y veloces rápidos, su constante y sostenido tronar por debajo de todos los demás sonidos superficiales

y el rumor del incesante roce de sus aguas heladas contra las márgenes. ¡La forma en que se alzaba gritando cuando la lluvia golpeteaba sobre su superficie lisa como un espejo! ¡Y cómo retumbaba su risa cuando el viento soplabla corriente arriba, tratando de frenar su velocidad desbocada! Conocíamos todos sus sonidos y voces, sus espumosos movimientos de rotación, sus innecesarias embestidas contra las pilastras de los puentes, esa charla autocomplaciente cuando había colinas mirando sobre él, la afectada dignidad de su discurso al discurrir a través de localidades pequeñas pero demasiado importantes para reírse de ellas, y todos esos dulces y tenues susurros cuando el sol lo sorprendía en algún lento recodo y se derramaba sobre él hasta hacer que se elevase el vapor de su superficie.

Nos sorprendió también con un montón de trucos durante sus días mozos, antes de que el gran mundo supiese de él. Había lugares en sus tramos de cabecera entre los bosques de Suabia, cuando los primeros susurros de su destino no lo habían alcanzado aún, donde se le antojaba desaparecer a través de simas en el terreno para volver a aparecer al otro lado de las colinas de porosa piedra caliza y dar inicio a un nuevo río con otro nombre, dejando en consecuencia tan poca agua en su propio lecho que nos veíamos obligados a vadear y empujar la canoa durante millas de aguas someras.

Y uno de sus principales placeres, en aquellos primeros días de su irresponsable juventud, era tratar de pasar desapercibido —como Hermano Zorro dando esquinazo a Hermano Oso—¹⁷ justo antes de que sus turbulentos afluentes procedentes de los Alpes le pidieran unirse a él, para negarse

17. Brer Fox y Brer Bear son dos personajes de ficción de los cuentos populares afroamericanos de Tío Remus, adaptados por Joel Chandler Harris y publicados en forma de libro en 1881. Ambos personajes mantienen una relación similar a la del Coyote y el Correcaminos de los dibujos animados de la Warner Brothers.

a aceptarlos cuando llegaban, discurriendo por el contrario paralelamente durante millas con la línea divisoria bien marcada y hasta con sus niveles bien diferenciados, negándose en redondo el Danubio a reconocer al recién llegado. Aguas abajo de Passau, sin embargo, renuncia a esta treta en particular, pues el Inn se presenta allí con una potencia atrozadora imposible de ignorar, empujando e incomodando al río padre, donde apenas hay espacio para ambos en el largo y serpenteante desfiladero que sigue; el Danubio es empujado contra los acantilados a uno y otro lado, y obligado a apresurarse con grandes olas y enérgicos bandazos a fin de atravesarlo a tiempo. Y en el curso de la refriega, nuestra canoa se deslizó desde sus hombros a su pecho, y la corriente tuvo su frágil vida entre sus impetuosas olas. Sin embargo, el Inn enseñó al viejo río una valiosa lección, y después de Passau ya no se atrevió a ningunear a sus tributarios.

Aquello, por supuesto, había ocurrido muchos días atrás, y desde entonces tuvimos oportunidades de conocer otros aspectos de la gran criatura. Al atravesar los trigales bávaros en Straubing, verbigracia, discurría tan calmosa bajo el ardiente sol de junio que era posible imaginar que solamente unas pulgadas de su superficie eran de agua, mientras que por debajo se movía, como oculto por una capa de seda, todo un ejército de Ondinas avanzando silencioso e invisible hacia el mar, con mucho sigilo para no ser descubierto.

Mucho le perdonamos, asimismo, por su hospitalidad con los pájaros y animales que frecuentaban sus márgenes. Los cormoranes, en rincones solitarios junto a la orilla, se alineaban en filas como estacas negras; los cuervos grises se apiñaban en los bancos de guijarros; las cigüeñas pescaban en las áreas de aguas someras que mediaban entre las islas; y los halcones, cisnes y aves de los marjales de todo tipo llenaban el aire con sus alas relucientes y sus cantos y gritos petulantes. Era imposible sentirse molesto por los caprichos

del río después de ver saltar a un ciervo al agua a la salida del sol, en medio de un gran chapoteo, para nadar a continuación más allá de nuestra proa. A menudo vimos cervatillos observándonos desde la maleza, o nuestra vista se trababa con la de un venado de ojos castaños mientras doblábamos un recodo a toda velocidad e inclinados al máximo al entrar en otro tramo del río. Los zorros también frecuentaban sus riberas por todas partes, paseándose delicadamente entre los trozos de madera arrojados por la corriente y desapareciendo tan repentinamente que era imposible ver cómo lo hacían.

Ahora bien, después de dejar Presburgo, las cosas cambiaron y el Danubio nos mostró su rostro más grave; se despojó, por así decirlo, de su carácter más frívolo. Se hallaba en la mitad de su camino hacia el mar Negro, al alcance de la vista de otras regiones más extrañas, donde ni se permitían ni se entendían las bromas. Se hizo adulto de repente y reclamó nuestro respeto e incluso nuestro temor. Para empezar, se rompió en tres brazos que volvieron a confluír un centenar de kilómetros aguas abajo, sin darnos una sola pista de cuál de ellos debíamos seguir.

—Si toman por error un canal lateral —nos dijo un oficial húngaro que conocimos en una tienda de Presburgo mientras comprábamos provisiones—, es posible que se encuentren a sí mismos, una vez se retiren las aguas, encallados a cuarenta millas de cualquier lugar habitado; podrían morir de hambre fácilmente. Allí no hay gente, no hay granjas, no hay pescadores. Les aconsejo por su bien que no continúen. Además, el caudal sigue aumentando y esto hará que el viento arrecie.

La creciente del río no nos inquietaba lo más mínimo, pero quedar varados por una bajada repentina del nivel de las aguas sería algo muy grave, de modo que embarcamos una cantidad adicional de provisiones. Por lo demás, la pro-

fecía del oficial se cumplió, y el viento, que soplaba bajo un cielo totalmente despejado, aumentó constantemente su velocidad hasta alcanzar la categoría de un viento del oeste.¹⁸

Como ya he dicho, fue a una hora más temprana de lo habitual —pues el sol estaba a un buen par de horas del horizonte— cuando acampamos. Dejando a mi camarada durmiendo sobre la cálida arena, anduve errante haciendo un examen no muy exhaustivo de nuestro *hotel*. Encontré que la isla tenía menos de un acre de extensión; un mero banco arenoso que sobresalía unos dos o tres pies por encima del nivel del río. Sobre el extremo opuesto, que apuntaba hacia el oeste, flotaba una densa nube de gotitas de agua que el tremendo viento arrancaba a las crestas de las olas rotas. La isla tenía forma triangular, con su cúspide apuntando corriente arriba.

Permanecí allí durante varios minutos, contemplando la impetuosa riada carmesí que bajaba con un aullante rugido, con sus olas embistiendo contra la orilla como si quisiera arrasar la isla, y arremolinándose luego en dos espumosas corrientes a ambos lados. La tierra emergida parecía temblar con las acometidas del agua, mientras que el movimiento furioso de los arbustos de sauce, al abatirse el viento sobre ellos, alimentaba la curiosa ilusión de que la isla en sí misma realmente se movía. Aguas arriba, a lo largo de una o dos millas, pude ver el gran río descendiendo sobre mí; era como contemplar una avalancha de nieve al pie de la ladera de una colina: blanquecido por la espuma y saltando por todas partes para mostrarse al sol.

Recorrer a pie el resto de la isla no fue tarea fácil ni agradable tan densamente poblada de sauces como estaba; no obstante me aventuré a ello. Naturalmente, percibida desde

18. Los *westerlies* o «vientos del oeste» son vientos planetarios, particularmente fuertes, que discurren de oeste a este entre los 30 y 60 grados de latitud en ambos hemisferios.